

# La crisis del amor propio (\*)

FERNANDO SAVATER

Hablar de un personaje que, de algún modo, es contratemporal o contracontemporáneo como Schopenhauer parece un acto esencialmente voluntarista, justificado exclusivamente por el hecho de que este año, el veintidós de este mes, sea el bicentenario de su nacimiento, fecha que teóricamente él tenía que haber deplorado. A lo largo de su vida no es seguro que lo deplorara tanto como teóricamente, o dentro de su doctrina, debía de haberlo deplorado. Pero realmente parece una evocación que verdaderamente viene a contrapelo de todo lo que la historia y los gustos y las manías y las posibilidades de nuestro tiempo admiten.

Schopenhauer es uno de esos autores con los cuales realmente no se sabe muy bien qué hacer. Son inmanejables, no tienen por dónde agarrarlos, en el sentido estricto de la expresión. Es decir, no animan a nadie a nada, deploran más o menos todo lo que hay, a partir de ellos se puede sacar muy poco, porque llegan hasta el final de su propia idea, y por tanto ya hay poco más allá que decir. En una palabra, hacen abandonar al profesor más entusiasta. Porque, ¿cómo va uno a explicar un autor del cual nadie va a sacar ni contento ni



---

(\*) Conferencia celebrada en el C.M.U. Santa María de Europa el 5 de febrero de 1988, dentro del seminario «Reflexiones en torno a Arthur Schopenhauer (1788-1860)».

---

entusiasmo ni ánimo, ni siquiera va a poder hacer prolongamientos y comentarios más que a base de buscar una página perdida?

De modo que, realmente, parece que es un autor que estaba bien donde estaba, es decir, en el olvido y en el gusto de la manía de unos pocos. De unos pocos que, normalmente, no eran filósofos, sino los que gustan de ese tipo de filosofía que hacen los que no saben filosofía, es decir, los que no están en el ajo del mecanismo filosófico y dicen en los entierros cosas como eso de «no somos nadie». Hombre, pues es verdad. Pero claro, por otra parte es un tipo de sabiduría que se agota en sí misma. Digo: «Bueno, no somos nadie». Y ahora, ¿qué? Pues como hay que llegar a final de curso, si el día tres de octubre dices a los alumnos «no somos nadie» y te vas, claro, te echan de la universidad. Hayan que seguir diciendo otras cosas aunque ésa, realmente, pudiera ser ya la definitiva de todo el curso de filosofía.

Si de lo que se trata es de entretener, Schopenhauer es realmente un filósofo muy entretenido. Como lectura es de los filósofos más entretenidos, porque ningún filósofo ha dicho menos cosas útiles para la academia filosófica (1) y en cambio más entretenidas para leer. Es decir, es un filósofo al que da gusto leerle, que escribía bien, al que se le ocurrían cosas, que habla de cosas concretas de una manera muy sensata, mientras que, en cambio, normalmente los filósofos suelen hablar simplemente de cosas inconcretas de manera insensata. Y no, él hablaba de la locura, de la literatura, de la risa y de una serie de cosas de una forma muy sensata.

Lo que pasa es que el marco general donde se inscribe todo eso es bastante inmanejable. Probablemente él, si hubiera sido coherente con su doctrina, debiera haber pensado que, a estas alturas, ésta debería de haber estado totalmente olvidada. Es decir, entre las muchas incoherencias que tuvo Schopenhauer en su obra, la más incoherente de todas fue pensar que él, que era un hombre desdeñado en su época, al que nadie había hecho caso en la universidad (2) que se había visto postergado a otra serie de filósofos («criaturas ministeriales», como decía él venenosamente contra Hegel, contra Fichte, contra Schelling, ...; criaturas ministeriales que, a sueldo del Estado, contaban cosas como que la Historia va a alguna parte, que el mundo nos puede ser favorable

---

(1) Schopenhauer va a atacar a la filosofía académica de la época, filosofía que se vende al Estado y donde se da una doble recepción de intereses: mientras que el Estado se ve reforzado en sus pretensiones por la apoyatura de la Filosofía académica, los profesores de la «Filosofía oficial» van a encontrar una inmejorable ocasión de medrar dentro de los aparatos de poder y convertir así la Filosofía en una industria. La Filosofía degenera así en una sofisticada, de manera que presupuestos que tendrían que partir de la propia reflexión filosófica van a venir directamente impuestos por el Estado.

(2) Recordemos que Schopenhauer impartía clases a la misma vez que Hegel, con el resultado de que sus clases se encontraban vacías, mientras que las de Hegel se hallaban repletas.

de alguna manera, etc. (3); criaturas ministeriales que le habían barrido en su época) iba a chasquear a todos estos filósofos porque, a lo largo del tiempo, él iba a triunfar y a ser el hombre leído y escuchado.

Claro, esto, para una persona que no cree en el progreso es un poco incoherente, porque si él creía que los hombres de su época eran tan estúpidos que no podían entenderle y creían a charlatanes probados como Hegel o como Schelling, si él verdaderamente no creía en el progreso, debería haber admitido que, cien años más tarde de su muerte, los hombres serían todavía más estúpidos de lo que eran, y por tanto aún menos estarían dispuestos a escucharle a él y creerían a gente aún más idiota, si cabe, que Hegel o que Schelling. Sin embargo, ahí no fue tan pesimista como la coherencia habría exigido. Hizo un cálculo matemático y llegó a la conclusión de que él tenía derecho a veintisietemil años de gloria. El cálculo es sencillo y contundente como todos los cálculos. Schopenhauer dijo que cada genio ignorado en su época tenía derecho al cubo de los años que los contemporáneos no le habían hecho caso. Como desde que él publicó *El mundo como voluntad y como representación* hasta que las primeras personas empezaron a ocuparse un poco en serio de él pasaron treinta años, él dijo «treinta al cubo, veintisietemil» y entonces calculó que le tocaban veintisietemil años de gloria.

Obviamente esto es una muestra de optimismo que revela hasta qué punto es difícil, incluso para Schopenhauer, ser coherente con la doctrina de la decadencia generalizada, de que verdaderamente las cosas no pueden ir a mejor no por ninguna fatalidad, sino porque no hay ningún mejor hacia donde ir. Es decir, si en algo Schopenhauer no es simplemente pesimista como se ha dicho, sino que tiene un atisbo trágico, es en que deplora no solamente el curso de las cosas, que no vayan hacia mejor, sino que lo que dice es que no hay ningún mejor hacia donde ir. Por tanto, no se trata de que sean un accidente o una perversidad casual, de las cosas o del tiempo o de los hombres, los que llevan el devenir histórico hacia lo peor, sino simplemente el hecho es que lo peor es que no hay ningún mejor hacia donde ir; que, aunque accidentalmente se pudiera suponer que el año 1988 es mejor que el año 1860, por ejemplo, en el que Schopenhauer moría, aunque eso se pudiera de alguna forma probar, no querría decir más que hay un pequeño pliegue en el camino no hacia simplemente lo peor sino hacia ninguna parte, porque ninguna parte puede ser llamada mejor.

Lo único mejor sería verdaderamente no haber existido, sería no haber

---

(3) La «Filosofía oficial», según Schopenhauer, va a estar llamada a inculcar en los estudiantes y el público en general la ilusión de que es posible llegar y conquistar territorios que se encuentran más allá de la experiencia sensible, posibilidad ya del todo imposible desde Kant. Conclusión: se va a llegar a un «cristianismo optimista y judaizante», que se va a constituir en uno de los principales puntos de ataque de Nietzsche.

---

---

entrado en el tráfico de las existencias. Y una vez que se esta en el tráfico de las existencias, el suponer que hay algún punto direccional hacia el cual prestar la nave y que se pueda ser apartado de ese camino por algún accidente, todo eso es optimismo. Incluso creer que hemos perdido el rumbo hacia lo mejor es optimismo. Porque nunca ha habido ningún rumbo hacia lo mejor, no hay ningún mejor hacia donde ir, lo único que queda es deplorar el hecho de que alguna vez se haya empezado el camino. Pero no deplorar el hecho de que no se esté llegando a ningún sitio por el camino, porque, cuando uno ha reflexionado sobre ello, sabe que el camino no lleva absolutamente a ninguna parte.

No lleva a ninguna parte colectivamente ni lleva a ninguna parte individualmente. Bueno, individualmente sabemos adónde lleva, después de debatirnos bastante con nuestro dolor, con nuestro deseo siempre frustrado por la propia satisfacción. Porque la satisfacción del deseo no hace más que mostrar que, en el fondo, no deseábamos tanto como creíamos, sino que, una vez acabado ese deseo, inmediatamente se reproduce el deseo intacto (4). Como las cabezas de la Hidra que cortaba Hércules se volvían a reproducir nada más haberlas cortado, de la misma forma el deseo, como las cabezas de la Hidra, una vez que uno las ha cortado vuelven a crecer y, entonces, la sensación de triunfo que se podía haber tenido un instante al cortar la cabeza de la Hidra, inmediatamente se apaga al ver que la Hidra no necesitaba concretamente esa cabeza, sino que le basta con tener cualquier cabeza; es decir, la Hidra es la posibilidad infinita de la reproducción de las cabezas, lo mismo que el deseo es la reproducción infinita de sí mismo. Por tanto no hay ninguna posibilidad, ni individual ni colectiva, de acallararlo.

Este planteamiento, lleva a cabo el último ciclo del planteamiento ilustrado, a pesar de que normalmente se ha creído que Schopenhauer era un anti-ilustrado (y luego no digamos Nietzsche, en la versión heideggeriana, común en ocasiones, que hace de Nietzsche un antiilustrado, cuando Nietzsche realmente es la persona que cumple y que realiza los ideales de la Ilustración de una manera menos ingenua y más concienzuda). A Schopenhauer se le ha tenido como una especie de reacción contra el optimismo ilustrado. En primer lugar hay que decir que la Ilustración no fue optimista. En la Ilustración hubo aspectos positivos, energéticos, exaltantes, pero mayoritariamente el fondo de la Ilustración no fue realmente optimista.

A la figura característica de la Ilustración como Voltaire es absurdo calificarla como optimista. Es optimista en el sentido de que cree que hay una posibilidad de salir de una serie de trampas en las que está su tiempo en ese

---

(4) Según la idea de voluntad de Schopenhauer ésta es continuamente dinámica en su búsqueda de satisfacción para el deseo. De ahí que cada vez que encuentra una satisfacción fije inmediatamente sus ojos más allá; de ahí que la satisfacción total nunca sea posible, pues constituiría la caída en la estaticidad de la voluntad.

momento: intolerancia, oscurantismo religioso, absolutismo monárquico, etc... Pero por otra parte es perfectamente pesimista en el sentido de creer que no hay posibilidad de saltar por encima de lo que la naturaleza humana impone como límite. En cambio, todas las religiones y todas las visiones más o menos místicas de la historia proponían la posibilidad de que el hombre se salvara, se salvara de ser hombre. La Ilustración no hace más que aclarar que el hombre jamás podrá salvarse de ser hombre. Ni en un estado malo, ni en un estado bueno, ni rico, ni pobre, ni con amores, ni sin amores ... nunca se podrá salvar de ser hombre. Y ser hombre incluye que a uno le duela el serlo. Eso los ilustrados lo veían clarísimamente, y no hay más que leer el *Candide* de Voltaire o no hay más que leer el artículo «Bien (Tout est)» del *Diccionario Filosófico* del mismo Voltaire.

Nunca un ilustrado supuso que se pueda saltar por encima de la sombra del hombre. Es decir, los que creyeron que la sombra del hombre era la sombra exclusivamente del oscurantismo, o la sombra que proyectan las alas de cuervo del cura, la sombra que proyecta la cruz, etc... eran reduccionistas de la Ilustración. La Ilustración decía que eso eran sombras que estaba el hombre conociendo en el siglo XVIII, pero nunca dijeron que, una vez acalladas esas sombras, desapareciera toda la sombra de la vida humana. Por supuesto que en algunos autores, particularmente energéticos, como Condorcet se pudo suponer esa visión.

Lo que hicieron Schopenhauer y Nietzsche, como cumplidores de la tarea ilustrada, es aclarar que nunca se podrá salir de la humanidad como tal; que nunca se podrá ser nada más que hombre y que, por tanto, nunca se podrá romper el círculo del dolor y del deseo que es característico de la humanidad. Lo que pasa es que eso para Schopenhauer fue una especie de inmensa decepción. Nietzsche se había reconciliado, o por lo menos su obra fue el esfuerzo de reconciliarse con la verdadera postura de la Ilustración, que es la desaparición de la salvación, tanto individual como colectiva. Pues no otra cosa es la Ilustración, por supuesto, sino decir que no hay ninguna salvación, no hay redención posible, no hay redención de la naturaleza humana. Eso, que es la postura ilustrada, y que los religiosos de todas las épocas se han negado a aceptar (sean religiosos con motivos religiosos estrictamente hablando, sean religiosos, políticos, etc...), eso es lo que Nietzsche y antes Schopenhauer probaron o, por lo menos, demostraron de una manera nítida.

Pero, como digo, a Schopenhauer le dolió ese planteamiento. Es decir, Schopenhauer sufrió por esa realidad. Él creía que las cosas deberían haber sido de otra manera. En el fondo es un heredero de una nostalgia religiosa. Que el mundo revele su falta de plenitud, que el mismo ideal de plenitud se revele infundado, que la idea de que alguna vez se pueda salir del círculo del deseo —cumplimiento parcial del deseo—. reproducción del deseo, etc... que nunca se pueda salir de ahí, eso es una cosa a la que Schopenhauer nunca se avino,

probablemente por una herencia luterana. Lo mismo que Lutero, supuso que el único bien de este mundo es que abandonáramos o que desistiéramos en la insistencia en seguir queriendo esto; seguir queriendo ser hombres, seguir queriendo vivir, querer seguir toda la trama, todo el ciclo. Es decir, suspender por lo menos nuestra adhesión al ciclo.

La única postura subversiva (y es la única subversiva real, cósmica) sería la de no ver razón alguna para aprobar la existencia, que es la postura de Schopenhauer. Curiosamente, esa postura, la única radicalmente subversiva, no aceptar ninguna razón para tener que decir sí a la existencia, eso ha sido en el tiempo visto como una actitud reaccionaria, conformista, etc..., probablemente porque nuestra época está ligada a toda una tradición de energía de acción de intervención en el mundo, de la cual no nos podemos librar y que recupera Nietzsche. O sea, Nietzsche admite que hay que seguir actuando en el mundo, pero que hay que seguir actuando aceptando el postulado de Schopenhauer de que nada vale definitivamente un sí a la existencia; hay que seguir dando los síes parciales a la vida, y en eso consiste la superación del hombre anterior. El superhombre de Nietzsche no es una especie de Supermán mezclado con César Borgia ni cosas por el estilo, es simplemente alguien que ha entendido que, aunque no hay ninguna razón definitiva para decir sí a la existencia, tampoco hay una razón por seguir deplorando la ausencia de justificación de la existencia, y que por tanto la actuación debe basarse en esa falta de sí y falta de no definitivos que es la tragedia.

Pero esto lo dice Nietzsche. Schopenhauer, sin embargo, echa de menos esa ausencia de un sí definitivo. Por supuesto él, personalmente, no puede decir definitivamente no. Sueña con veintisiete mil años de gloria, sueña con alguna realización personal en el mundo ... incluso escribe una especie de teoría ética práctica, totalmente contradictoria con su doctrina, en la cual da unos consejos más o menos estoicos, entre estoicos y hedonistas, de *bon vivant* inteligente, diciendo «nada en demasía», «evitemos los disparates del honor, los disparates de la crueldad» (5), etc., etc... Pero, en el fondo, ¿qué más da dedicarse a esos disparates, sí, después de todo, la justificación de lo que estamos intentando es perder el apego a la vida? Cuanto más disparatadamente vivamos, podríamos decirle a Schopenhauer, más razones tendremos para deplorar la vida. Por tanto, si de lo que se trata es de despertar o de reanimar en uno el fuego antivital (que es, en última forma, lo que quiere Schopenhauer), deberíamos vivir lo más disparatadamente posible, como esos cátaros medievales, que en algunas sectas particularmente heréticas se dedicaron a la transgresión de todos los tabúes (sexuales, políticos, etc...) para crear, antes ya de la llegada del

---

(5) *Parerga y paralipómena*. En castellano hay, al menos, una mala recopilación bajo el título *El arte del buen vivir* EDAF Madrid, 1983.

fin del mundo, una especie de fin del mundo privado, una *Gottdämmerung* en la cual inmolarse.

Pues Schopenhauer podría haber deseado también eso para los hombres o para él mismo. Sin embargo, sus consejos vitales fueron pausados, tranquilos; en el fondo no intentó ni mucho menos, ese tipo de transgresión general. Intentó que la voluntad se fuera extinguiendo por sí misma, cosa contradictoria, por otra parte, con su afición a los buenos restaurantes, con su afición juvenil a las coristas (más o menos trasmutada en algunas frases de reprobación de la veleidad femenina posteriores) y con su gusto por la fama, por el prestigio (aunque es verdad que no sacrificó nada de su honradez intelectual a ello, también dicho sea de paso). Es decir, le gustaría la fama, pero nunca hizo nada por conseguirla fuera de su propia línea de pensamiento, eso es cierto.

De todas maneras, es evidente que había una reconciliación con la vida por su parte, una reconciliación que con los años probablemente se fue acentuando. Una de sus últimas anotaciones de su diario, unos días antes de morir, cuando considera un poco globalmente su vida, dice «Bueno, no me las he arreglado mal del todo». ¿Qué quiere decir «no me las he arreglado mal del todo»? No es, evidentemente, que él hubiera perdido el deseo de vivir (se prometía a sí mismo llegar hasta los cien años); no es, evidentemente, que hubiera renunciado a su nombre y a su fama, al mito de la individualidad, que él había denunciado también; quería veintisiete mil años de schopenhauerismo en el mundo, lo cual, obviamente, no es precisamente una renuncia al yo.

¿En qué sentido se las había arreglado bien? Simplemente, supongo, en que había bandeado la necesidad de traicionar el propio pensamiento por alcanzar algún tipo de recompensa institucional inmediata. Él, al menos, negó todo apoyo a las instituciones que garantizan la ilusión justificatoria de la vida, no la vida; él dijo «bueno, de alguna forma hay que vivir». Es decir, no tenía fuerza suficiente para dejar de vivir. Pero, por otra parte, lo que negó es todo apoyo a las justificaciones de la vida. En eso sí fue radical. Aceptó el estado, pero siempre como un mal menor. En una ocasión dice que los reyes deberían firmar sus decretos no diciendo «en nombre de Nos, Señor de tal y de cual», sino que habían de decir «en nombre de Nos, el menor de los males»; y esto debería hacerlo cualquiera de los líderes políticos, considerarse exclusivamente como un puro mal menor, como un aplazamiento del enfrentamiento entre los hombres. Cualquier justificación debería considerarla simplemente como una concesión a la falta de vigor para acabar con los lazos de la sociedad.

En último término, su epifilosofía acaba con un elogio de San Agustín, que, en su libro *De matrimonio*, dice que lo perfecto sería que los hombres renunciaran a procrear; hay que aceptar que la procreación dentro del matrimonio es lícita, dice San Agustín, pero él (todavía en esa línea semignóstica del comienzo del cristianismo) lo que dice es «Bueno, lo perfecto sería que los hombres dejaran de procrear y que la Jerusalén liberada llegase de una vez;

pero como parece que la cosa va para largo, entonces que sólo procreen dentro del matrimonio, de una manera controlada, administrada, etc...; pero, si los hombres fueran perfectos, si la carne pudiera volver sobre sí misma con ojos de luz, entonces se renunciaría a la procreación».

Esto es lo que cita Schopenhauer diciendo «ésta es la sabiduría de Occidente; aquí llegó la sabiduría de Occidente; esto es precisamente la sabiduría porque no se ha podido ir más allá; cuando alguien dijo esto hubo que echarle tierra encima para olvidarlo; le echó tierra encima el Papa, le echó tierra encima el Emperador, todos los demás; porque el colmo de la sabiduría de Occidente era esto; decir que, si la vida no es más que esto, si nuestro reino no es de este mundo, lo único que se puede esperar es que no procreemos más y que dejemos que las cosas se extingan por sí mismas; si ninguno de nosotros va a ser capaz de extinguir la voluntad en él, por lo menos no procrearla en otro para que, una vez muertos nosotros, se acabe la rabia, la rabia de la vida, con nosotros».

Evidentemente, esto no es, como veis, un discurso ni moderno, ni postmoderno, ni premoderno, ni casi nada. Es una voz que clama en un desierto quizá justificado. Es fácil insistir en el conservadurismo de Schopenhauer, en su postura antirrevolucionaria, en cómo prestó sus gemelos de teatro al comandante que iba a disparar contra la barricada de los obreros insurgidos delante de su casa en Frankfurt, etc... Pero también hay que señalar otra cosa: incluso personas tan bondadosas, tan rectas y tan estimables (sin ninguna ironía), como por ejemplo un Kant, tienen alguna página a favor de la guerra, alguna página a favor de los grandes hombres, alguna página a favor del gran Napoleón, o a favor del gran Alejandro, o a favor del gran César, o diciendo simplemente, como dice Kant, en la *Crítica del juicio*, «¿quién puede negar que la guerra es, estéticamente, la gran aventura de la humanidad, la aventura estética más hermosa de la humanidad?».

Bueno, pues en el reaccionario Schopenhauer jamás hay una sola palabra a favor de ningún conquistador, a favor de ningún general, a favor de ningún tipo de conflicto bélico, a favor de ningún imperio, a favor de ninguna administración, buena, mala o regular. No hay emperadores que encuentren una palabra de apoyo en él. Todos son deplorados de igual manera, todos son considerados bandidos con suerte, todos son considerados como, en el mejor de los casos, males menores. Evidentemente se puede considerar que, si ellos no hubieran estado ahí, la gente tampoco hubiera sido ni más feliz ni se hubiera portado mucho mejor. Pero, en cualquier caso, él no dijo ninguna palabra positiva a favor de ninguno de ellos. Las hay en Kant, no digamos las hay en Hegel, las hay, por supuesto, en Fichte, las hay en el propio Nietzsche, y algunas personas de siniestra catadura se han aprovechado de ellas (6).

---

(6) No hemos de olvidar aquí las justificaciones pretendidamente «filosóficas» de Hitler y los nacionalsocialistas.



En fin, es evidente que ningún movimiento de tipo nazi o fascista hubiera podido salir de Schopenhauer. No hay nadie menos exaltante y menos tónico en el mundo que Schopenhauer. Es decir, de él podría haber salido alguna forma de renunciamiento colectivo, si es que los hombres pudiéramos imaginar renunciamientos colectivos, o por lo menos algunas doctrinas de renunciamiento individual. Los principales discípulos de Schopenhauer (¿Meilander?, etc...) se suicidaron; contradiciendo al maestro, de alguna forma no siendo capaces de poder llevar esa línea schopenhaueriana en la que él decía que, después de todo, el suicidio es una forma de optimismo, porque uno creía que, acabando la individuación concreta de una voluntad, iba contra la voluntad misma, lo cual no era cavar contra la voluntad en uno, sino cavar contra uno en la voluntad, lo cual es perfectamente lo contrario de la posibilidad de superar el problema. El que se suicida lo único que hace es eliminarse él dentro del marco de la voluntad, pero no eliminar la voluntad dentro de él, que es, precisamente, la apuesta complicada y difícil que proponía Schopenhauer.

El caso es que Schopenhauer es un escritor entre filósofos y, quizá, un filósofo para escritores, para músicos, para pintores, etc... Naturalmente, ¿qué más iban a agradecer los artistas que alguien que decía que la salvación, o por lo menos la suspensión de la voluntad a la que podemos alcanzar, está precisamente en el arte y en la contemplación artística? Todas las palabras que faltan en Schopenhauer a favor de conquistadores, guerreros, administradores, estadistas, etc... todas ellas están a favor de pintores, de músicos, de modo que los artistas se sienten muy bien tratados por este escritor-filósofo para artistas, mientras que, en cambio, los restantes, revolucionarios, o transformadores, o líderes religiosos, se sienten bastante maltratados.

¿Es un filósofo para escritores, es un filósofo para músicos? Lo dudoso es que sea un filósofo para filósofos. ¿Es un filósofo para la Academia? Evidentemente no. Todavía en el año 1900, cuarenta años después de la muerte de Schopenhauer, cuando se habló en Frankfurt de levantarle un monumento, alguien tan poco sospechoso de falta de conocimiento y de falta de cultura como Wilhelm Dilthey se negó a contribuir cuando se les pidió a los profesores de filosofía alemanes (como a otras gentes, porque era una suscripción pública) dinero para levantar el monumento. Dilthey se negó a contribuir en nombre de los insultos que Schopenhauer había hecho a los profesores de filosofía. Es decir, detestó a los profesores de filosofía y los profesores de filosofía le devolvieron bien la moneda.

Realmente, lo mismo que Nietzsche ha tenido su revival, lo mismo que otros autores han tenido su *revival*, Schopenhauer siempre ha permanecido como una especie de excéntrico, como una especie de curioso, como una especie de personaje voluntariamente marginado, y ahora ya obligadamente marginado, dentro de la historia de la filosofía. ¿Podría cambiar esto en un año como éste, con motivo de un centenario, con motivo de una conmemoración? Pues ...

yo lo dudo. Pero, no sé, el hecho quizá de que nos hayamos reunido aquí, de que estemos hablando de él, puede indicar, puede indicar al menos, que la miramos con menos reconvención de como le miraron sus contemporáneos y de como le han mirado los profesores durante mucho tiempo. Lo que no sé es si esa reconvención se podrá cambiar de algún modo en aprecio, y me parece imposible, desde luego, que se cambie en entusiasmo. Pero vosotros diréis; Nada más.

Madrid, 5 de febrero de 1988